

ANÁLISIS DE LAS ELECCIONES DEL 2019 A PARTIR DE UNA SOCIOHISTORIA DE LAS ELECCIONES EN COLOMBIA

SANTIAGO ÁLVAREZ¹

5

¹ Santiago Álvarez es estudiante de Ciencia política de la universidad Javeriana Cali. Se encuentra actualmente cursando séptimo semestre. Sus intereses académicos están dirigidos en gran parte a la investigación de los sistemas electorales y de partidos, y su relación con la violencia política.

Introducción

¿Qué explica el comportamiento de los distintos actores involucrados en las elecciones en Colombia? Con respecto a este interrogante el presente artículo presenta la siguiente hipótesis: los actores llevan a cabo un *performance* que refleja una historia entre los partidos políticos, los candidatos, el Estado y la ciudadanía.

Para responderla, el trabajo se estructura de la siguiente forma: Primero, se analizarán las elecciones en Colombia desde 1810 hasta la época del Frente Nacional (1956-1974), donde será posible evidenciar cómo un conflicto entre un discurso modernizante y liberalizador y otro ligado a los valores tradicionales representaron la búsqueda de las élites políticas por mantenerse en el poder en detrimento de la participación de actores que hacían y hacen parte de la realidad nacional. Posteriormente, se tratará de establecer de qué manera se ha mantenido o evolucionado este fenómeno político en las elecciones regionales del 2019.

Procesos de formación del sistema electoral colombiano

Podemos rastrear la formación del sistema electoral desde el proceso de Independencia que se libró en el siglo XIX entre 1810 y 1819. Este se caracterizó por estar legitimado en una transformación de imaginarios causada por la proliferación de ideas provenientes de la Ilustración y por la liberalización de los sistemas políticos europeos. Si seguimos el pensamiento de Sartori (1987), esta transformación involucró pensar y cuestionar verdades que anteriormente eran consideradas axiomáticas. Entre dichas verdades se encontraba la noción de que la sociedad se comportaba como un cuerpo, es decir, un organismo perfecto que respondía ante un rey y unas leyes



divinas. La división de esta sociedad en *facciones*, o sea, en distintos fragmentos, significaría la destrucción del sistema. Tal pensamiento obedece a una representación de la sociedad a partir de la cual se desea legitimar a un *deus absconditus*, o un “Dios escondido” siguiendo a Pierre Bourdieu, que permite una estabilidad política e ideológica. Cierta rotura de las redes que legitimaban este *deus absconditus*, significó una transformación de imaginarios y por lo tanto, también una transformación lingüística: el paso de la palabra *facción* a la palabra *partido*.

Es aquí donde es fundamental hacer mención del pensamiento de Rokkan y Lipset (2006) con respecto a los “clivajes”. Estos son definidos por los autores como agentes de conflicto, dado que generan una división en el ambiente social con respecto a posiciones políticas, económicas, culturales, entre otras; pero también agentes de integración, pues permiten la movilización conjunta de distintos grupos en función de estas posiciones. Podemos entonces observar la proliferación, según Sartori, de un pluralismo en la sociedad, el cual se convierte en una condición necesaria para la configuración de un sistema político distinto al monárquico. El gobierno es el resultado de una sumatoria de preferencias, a las que es posible apelar mediante los partidos políticos. Estos son el producto de la institucionalización de los clivajes y, por ello, son la forma a partir de la cual las distintas colectividades pueden expresar sus necesidades y nociones compartidas sobre la realidad. Podríamos afirmar, siguiendo a Duverger (1987), que un partido establece un lazo sociológico con el votante, cuando el votante ve representado su clivaje en el partido y, de esta manera milita ahí de forma consistente.

Ahora, como se afirmó antes, tal transformación debería suponer cierto rompimiento con las estructuras pasadas que legitiman un *deus absconditus*; sin embargo, ¿hasta qué punto es posible esto en una sociedad? Francia, uno de los casos europeos más emblemáticos vivió este proceso en cierta medida, pues dentro de este país se desarrolló un cambio institucional e ideológico radical. No obstante, incluso en Francia es imposible afirmar que se dio de forma efectiva dicha transformación, al haber estado intermediada por el ejercicio de la violencia, las dictaduras,

el Imperio napoleónico y un posterior regreso de la monarquía. Hegel, un autor contemporáneo a estas transformaciones, afirmaría que dicho fenómeno es consecuencia de una “organicidad implícita en la sociedad” (Zeitlin, 1991, p. 50). Los imaginarios e instituciones precedentes configuran y moldean las instituciones e imaginarios consecuentes. En Colombia, la transición hacia un nuevo sistema estuvo acompañada de una discusión con respecto a la naturaleza de la institucionalidad. Una discusión generada por el reto que supone la constitución de un orden distinto en una sociedad todavía muy moldeada por principios que responden a un orden monárquico (Palacios Trujillo, 2008). Esta discusión fue principalmente realizada entre las élites, desconociendo a la multiplicidad de clivajes que componen a la sociedad colombiana, una polifonía de visiones sobre la realidad nacional que respondían (y responden) a diferencias étnicas, raciales, y territoriales, entre otras. Considerar estos clivajes suponía disminuir el peso de élites políticas, cuya permanencia en el poder se había mantenido desde la monarquía. La discusión entre estas se encontraba en el grado de inclinación por el mantenimiento de las estructuras legitimadas por la Iglesia católica o, por el contrario, su nivel de rechazo. Podemos entonces observar, siguiendo a Bourdieu (2014), el enfrentamiento entre un nuevo discurso y las estructuras precedentes, las cuales, cristalizadas en una figura como la Iglesia católica, dinamizaron la discusión sobre la naturaleza del Estado. Al final, esta discusión termina opacando la diversidad de posiciones y nociones sobre la realidad que constituye a la sociedad colombiana y se cristaliza en los partidos más presentes en toda la historia de Colombia: El Liberal y el Conservador.

Fernán Gonzáles (2004) describe a ambos partidos como dos federaciones contrapuestas, pero complementarias que servían de puente entre las autoridades estatales del centro y las realidades locales y regionales. Ambas lograron mostrar una ilusión de apertura política a las comunidades, lo cual es posible observar en las elecciones: las élites utilizaban rituales y discursos para la legitimación y la sacralización de los espacios de votación apelando a los ideales de cada partido, y a redes clientelistas. Estas últimas, siguiendo a Auyero (2001), pueden

describirse como la idealización de relaciones instrumentales, en donde mediadores de cada partido llevaban a cabo prácticas para la resolución de problemas comunitarios pero negaban el carácter político de estas prácticas. Los sacerdotes, por ejemplo, pueden considerarse mediadores del partido Conservador, el cual se encargaba de “inundar” la votación de discursos, con la finalidad de legitimar cierto tipo de Estado y ciertos actores en el poder.

La sociedad se convierte en una consciencia en lucha consigo misma, a causa de una crisis de identidad ligada a la proliferación de un discurso liberal cada vez más radical que niega toda una simbología y axiología articulada con la vida precedente de esta consciencia, y que, se ve cristalizada en el partido Conservador. Y sin embargo, hay un desconocimiento de la diversidad de clivajes que hacen parte, y son producto de una realidad propia: el conflicto reduccionista entre solo dos posiciones termina sofocando esta diversidad, y acallándola.

Ahora, ¿cómo ha evolucionado este fenómeno? Aquí nos remitimos a las elecciones regionales del 2019 en Colombia, pues, a partir de estas es posible ver si sigue presente, de alguna manera, este conflicto discursivo y si, de alguna forma, sigue opacando los distintos clivajes que componen la sociedad colombiana.

Elecciones regionales del 2019

Un hecho relevante en estas elecciones es cómo la presencia de los partidos ya no guía la votación del individuo. Francisco Gutiérrez Sanín (2007) afirma que la violencia entre los partidos y la ausencia de representatividad de cada uno con respecto a los distintos grupos sociales que componen el territorio Colombiano (un fenómeno que se da con mayor fuerza durante el Frente nacional) ha generado el descrédito de los partidos tradicionales. Esto es fundamental, pues demuestra cómo los partidos ya no son los grandes dinamizadores de los discursos y comportamientos en lo público, y refleja una profunda ruptura entre la Colombia del siglo XIX y XX, y la actual. Dicho fenómeno produjo aquello que Sanín llama “el deshielo del sistema” y, por lo tanto, la inclusión de nuevos actores a

la contienda, gracias a la Constitución Política de 1991. No obstante, a pesar de tal inclusión, persiste una ausencia de lazos entre ciudadanos y partidos.

Según Katz y Meyer (2003), este fenómeno causa que los partidos se conviertan en *catch all* o cartel, es decir, partidos donde lo más importante no es la representación de la ciudadanía, sino la consecución de votos para mantener a ciertos actores en el poder. Para ello, los partidos configuran estructuras cuya finalidad es apelar a la mayor cantidad de electores posibles, y establecer coaliciones para cumplir con su propósito. Aunque los partidos Liberal y Conservador, como se afirmó antes, nunca apelaron verdaderamente a los clivajes de la ciudadanía, y su interés fue, en efecto, mantener ciertos actores en el poder, se puede afirmar que se ha conformado gradualmente una debilidad programática, una serie de contradicciones y divisiones al interior de los partidos; su accionar y sus posiciones muestra cada vez más la creciente irrelevancia de su contenido ideológico.

124

El debilitamiento de los demás partidos se puede observar de forma más clara en las elecciones del 2019. Por ejemplo, en Cali, capital del Valle del Cauca, Jorge Iván Ospina, el candidato que punteó la mayoría de las veces en las encuestas y que llegó a ocupar el cargo, se lanzó como independiente, y logró el aval de varios partidos, entre ellos el Partido verde y el Partido de la U. Este último contaba con el apoyo de una de las figuras políticas más influyentes en el Valle del Cauca: Dilian Francisca Toro, gobernadora, cuya estructura de votantes es una de las más fuertes en toda Colombia. La unión de la U y el Verde fue bastante controversial, pues desde un punto de vista ideológico, ambos partidos comparten poco. La unión alienó a un sector del Partido Verde, y demostró el interés de Ospina en conseguir la mayor cantidad de votos posibles, aunque eso significara dejar a un lado su compromiso con respecto a los ideales de su partido. El candidato que obtuvo la segunda mayor votación detrás de Ospina, Roberto Ortiz, contaba también con la estructura de partidos como el cambio radical y el centro Democrático en Cali mientras que Alejandro Eder, el candidato con la tercera mayor votación, obtuvo el

aval de Sergio Fajardo, el candidato a la presidencia que logró obtener la mayor parte del voto caleño por medio de su movimiento Compromiso Ciudadano.

Podemos observar cómo los partidos deciden establecer coaliciones, simplemente para generar una estructura más fuerte de votantes, además deben gran parte de su fuerza a la presencia de figuras constantemente idealizadas en una actividad que según Auyero (2006), constituye una forma de clientelismo, Actores como Dilian Francisca, el mismo Jorge Iván Ospina y Roberto Ortiz mantienen un proceso que era antes era llevado a cabo por las figuras conservadoras o liberales en los votantes: Ahora son idealizados por la ciudadanía, mediante prácticas sociales cuya finalidad es ocultar prácticas políticas; y por medio de un discurso ligado a la identidad del candidato, el cual logra apelar a los valores y creencias de los individuos. Esto demuestra cómo a pesar de la poca relevancia ideológica de los partidos hoy en día y la proliferación de los personalismos, las figuras políticas idealizadas deben todavía apelar a un contenido axiológico. Este no puede desligarse de la historia política y social colombiana y de los intereses históricos de las élites y, por lo tanto, los discursos que legitiman el conservadurismo y el liberalismo siguen presentes en la actualidad, aunque sea de forma menos clara y más diseminada entre distintas figuras políticas. Hoy continúan “inundando” u opacando lo distintos clivajes que hacen parte de la realidad nacional.

Todo este fenómeno se encuentra ligado también a una presencia irregular y diferencial del Estado en ciertas zonas del país, particularmente en las zonas rurales, donde se han conformado grupos armados que hacen las veces de generadores de ortodoxia en las regiones (Gutiérrez Sanín, 2007), y que, como lo hacían antes los conservadores y liberales, han facilitado la conformación de las redes clientelares. En muchas zonas del territorio nacional, los individuos le deben su supervivencia en un entorno de violencia a padrinos políticos. Tal es el caso, por ejemplo, del departamento de Sucre, donde en 2003, una mayor parte de la población de San Onofre se vio constreñida a votar por Jorge Blanco Cadena, candidato a la Alcaldía apoyado por el padrino político del municipio,

para salvar su vida de los paramilitares. En el 2019, no solo en Sucre, sino también en otros departamentos siguen vivos estos fenómenos políticos.

A partir de lo afirmado, podemos establecer que el acto de voto se convierte solamente en “el despliegue de una obra de teatro” como afirma Bourdieu (2014). Desde la Independencia se ha generado un proceso de transformación de la institucionalidad y del sistema electoral, cuya finalidad es generar una apertura política para los ciudadanos ante la proliferación de imaginarios y valores que cuestionan el *statu quo*. Esto se cristaliza en el acceso de nuevos actores a la contienda. Y, sin embargo, las prácticas y discursos que rodean las elecciones terminan reproduciendo el mismo fenómeno que puede ser observado en el siglo XIX y XX: la búsqueda de ciertas figuras políticas de mantenerse en el poder en detrimento de la participación y acción de distintas voces que se encuentran en la realidad nacional y que representan imaginarios y visiones del mundo distintas.

126

Lo anterior no significa que las elecciones sean irrelevantes como forma de expresión de la ciudadanía, pues a pesar de las problemáticas ya nombradas, estas todavía permiten cierto *accountability*. Hechos como las continuas masacres del Cauca, y las controversiales reformas que ha intentado implementar la presidencia, generaron un descontento colectivo que redundó en un “castigo” al Centro democrático en las urnas. Esto demuestra como la ciudadanía es consciente de un accionar político que va en detrimento de sus necesidades e intereses.

Conclusión

A partir de lo afirmado podemos asumir que, efectivamente, desde el proceso independentista, el sistema político se ha encontrado moldeado por los intereses de ciertos actores que desean mantener su posición de poder, utilizando discursos y prácticas para la legitimación de esa posición, y opacando las distintas voces o clivajes que hacen parte de la realidad nacional. Este fenómeno ha mutado a causa de la pérdida gradual de confianza hacia los partidos políticos de parte de la ciudadanía, y junto con el creciente proceso de apertura y transformación del sistema

electoral como forma de estabilizar el sistema político ante la presión de distintos actores sociales. Se ha generado, como consecuencia, de parte del Estado, un *performance*, una obra de teatro cuya finalidad es mostrar una ilusión de cambio, pero que, en realidad, busca mantener a ciertos actores en el poder y, al mismo tiempo, legitimar ciertos discursos que son coherentes con los intereses de estos actores.

En el siglo XIX y XX, los partidos conservador y liberal eran los dinamizadores por excelencia de la política a nivel nacional y su conflicto representaba la indecisión de las elites ante la continuidad de las estructuras precedentes, las cuales se encontraban cristalizadas en la iglesia católica, o la negación de tales estructuras, la cual se encontraba representada en los ideales liberales. A través redes clientelistas, y la idealización de ciertas figuras políticas, las elites que hacían parte de cada partido procuraba mantenerse en el poder. Un historial de violencia, corrupción y de alienación de la ciudadanía generó un deterioro de la credibilidad de los votantes hacia los partidos políticos, una creciente debilidad programática y su transformación en partidos *catch all* o “atrapa todo”, donde la consecución de votos es más importante que el mantenimiento de cierta coherencia ideológica. Los discursos ideológicos de los partidos todavía se encuentran en la política pero de una forma menos clara y difusa, y solo cobran sentido, a través de la presencia de ciertos individuos o figuras prácticas cuya finalidad es su continuidad en el poder en detrimento de los intereses y necesidades de los distintos actores que hacen parte de la realidad nacional.

Los resultados de las elecciones del 2019 en toda Colombia, demuestran cómo, a pesar del fenómeno descrito, el sujeto todavía puede, a través del voto, ejercer cierta incidencia en la realidad social y política. La derrota de varias maquinarias políticas a nivel regional, y el giro hacia posiciones políticas más moderadas, demuestra cierta consciencia a nivel nacional de una posición de alienación con respecto a las políticas llevadas a cabo desde Bogotá, y la contradicción entre democracia representativa y participativa que afecta profundamente al país.

Referencias

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*. Manantial.
- Bourdieu, P. (2016). Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France. *Polis*, 15(43), 689-693
- Duverger, M. (1987). *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económica.
- González, F. (2004). Conflicto violento en Colombia: una perspectiva de largo plazo. *Controversia*, (número extraordinario), 10-17.
- Gutiérrez Sanín, F. (2007). *Lo que el viento se llevó. Los partidos políticos y la democracia en Colombia*. Norma.
- Katz, R. S., & Mair, P. (2004). El partido cartel.: La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos. *Zona abierta*, (108), 9-42
- Palacios Trujillo, N. P. (2013) *La construcción de la Ciudadanía en Colombia: 1809-1838*. En G. Loaiza y M. Beltrán (Eds.), *Ensayos de historia cultural y política: Colombia, siglos XIX y XX* (pp. 173-207). Universidad del Valle.
- Rokkan, S. y Lipset, S. M. (2006). *Structures de clivages, systèmes de partis et alignement des électeurs: une introduction*. Ublire.
- Sartori, G. (1987). *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza.
- Zeitling, I. (1993). *Ideología y teoría sociológica*. Amorrortu.